

William Ospina y la opción decolonial

Azucena Galettini

Facultad de Filosofía y Letras, UBA

Resumen

Walter Mignolo, Enrique Dussel y Aníbal Quijano replantean la idea de los estudios poscoloniales, buscando una opción que dé mayor protagonismo a un pensamiento verdaderamente fronterizo. De esta forma, desde lo que se denomina “la opción des-colonial”, se plantea como comienzo de la Modernidad el Descubrimiento (o invasión) de América, y la huella que la colonización implica será el eje a partir de cual la des-colonialidad quiere pensar las sociedades latinoamericanas. Desde ese marco teórico, una novela histórica que vuelva sobre la temática de los conquistadores podría ser considerada como el texto ideal para reflexionar precisamente sobre esa huella. No obstante, ¿tiene sentido pensar novelas como *Úrsua* y *El país de la canela*, del autor colombiano William Ospina, como una manera de aplicar en la literatura la opción des-colonial, dado que ambas narran desde la mirada del conquistador y no del conquistado? ¿Es posible dar cuenta de la estructura de dominación contando desde los ojos de quien domina? Y al mismo tiempo, ¿puede en la actualidad un escritor latinoamericano que no posee raíces indígenas y ha sido formado por la cultura occidental contar desde otro punto de vista? Estas preguntas serán lo que se pretenderá dilucidar en el presente trabajo.

Introducción

Según la teoría decolonial, fundada principalmente por Walter Mignolo, Enrique Dussel y Aníbal Quijano, la Conquista de América da comienzo a la Modernidad, dado que el colonialismo es la contracara necesaria de la Modernidad y es lo que permite, precisamente, sostener la Modernidad. A su vez, el estudio de lo que se denomina “la matriz colonial” no termina una vez declarada la independencia política:

...entendemos la matriz colonial del poder no solo como el sistema de control de las colonias y ex colonias (esto es, del mundo no-Europeo y no-U.S) sino como el que se encuentra vigente y en la base del orden global. (Mignolo, 2009: 8)

Dado que según esta corriente de pensamiento, la estética y el arte fueron y continúan siendo instrumento institucional de colonialidad, la única manera de poder escapar es generar “estéticas decoloniales y procesos cognitivos de decolonialidad del ser y del saber” (Mignolo, 2009: 12). Esos procesos implican desprenderse de todo pensamiento que naturaliza la colonialidad del saber y del ser, y justifican la retórica de la Modernidad, unida a la idea de progreso y de gestión democrática imperial (Mignolo, 2006: 11).

Al mismo tiempo, se trata de un proceso que busca cuestionar la concepción de la historia y los mecanismos mediante los cuales se construyen sus narrativas excluyentes (Albán Achinte, 2009: 86). La idea es encontrar:

...rutas diferentes y aun divergentes de la narrativa de la posmodernidad artística en lo relativo a lo histórico, la memoria y las cosmovisiones y de luchas de poder en el mundo contemporáneo (...) el arte se está constituyendo en las comunidades y sujetos étnicos en un acto decolonial

que interpela, increpa y pone en cuestión las narrativas de exclusión y marginalización. (Albán Achinte, 2009: 89)

La teoría decolonial reivindica narrativas que adoptan puntos de vista olvidados, marginales. De esta manera, se busca dar espacio a las producciones artísticas de las comunidades (sean estas indígenas, de afrodescendientes o de cualquier grupo que al que la Modernidad haya obligado al silencio, o haya hecho de cuenta de que no tienen voz). Sin embargo, el propósito del presente trabajo es demostrar que también puede leerse una apuesta por la opción decolonial en las novelas de William Ospina *Úrsua* y *El país de la canela*, ambas contadas desde el punto de vista de un mestizo que se identifica más con el bando de los conquistadores (o invasores, si se lo piensa desde el punto de vista de los pueblos originarios) que con el de los dominados. Está apuesta, como se verá, va más allá de lo meramente temático (retomar con mirada crítica la historia de la Conquista de América), y también está presente en la elección del narrador.

Dime cómo narras...

Contadas ambas por un narrador testigo de quien nunca se conocerá el nombre, tanto *Úrsua* como *El país de la canela* dan cuenta de la Conquista (o invasión) de América.

Úrsua relatará la historia del conquistador que da nombre al libro, de quien el narrador fue amigo. La vida de Pedro se cuenta desde el instante mismo en el que América comienza a formarse como un destino posible para el joven, hasta el momento en que ambos se embarcarán juntos en una nueva aventura, una búsqueda de riquezas que, según anticipa el narrador a lo largo de toda la novela, será la última para Úrsúa. Sería entonces contar la historia de ascenso de una suerte de “héroe” y la preconfiguración de una futura caída que no se contará.

El país de la canela, publicada como segunda novela, narra una historia anterior, que es la vivida por el narrador: la expedición que llevan a cabo Orellana y Gonzalo Pizarro para hallar un bosque de canela, producto valioso para la época, como todas las especias.

Ambas novelas, parte de una trilogía (falta publicar *La serpiente sin ojos* que cerraría serie), pueden considerarse como una historia enmarcada en otra. *El país de la canela* es el relato que le hace el narrador a su amigo Pedro de Úrsua sobre la expedición de la que formó parte. Esa misma conversación cierra (sin desarrollarse) la novela *Úrsua*. El narrador le cuenta a su amigo todas las penurias de la expedición, para intentar convencerlo de que no se embarque, y en lugar de eso, termina por decidirse a acompañarlo. La novela se configura así como el relato de un fracaso, ya que es toda una construcción discursiva cuyo fin (convencer a Pedro) se ve frustrado.

A la hora de pensar a estas novelas desde la decolonialidad, se evidencian dos cuestiones básicas: por un lado, que volver sobre el tema de la Conquista y hacer una denuncia de sus horrores, quinientos años después, es todo un gesto que busca desnaturalizar la fundación misma de las naciones, es decir, vuelve sobre el viejo tópico de que estamos fundados sobre la sangre de los dominados. Ese gesto es innegable en ambos textos, ya que hay una denuncia constante sobre el maltrato al pueblo indígena (en la expedición de Orellana llegarán a descuartizar a sus propios guías y compañeros de viaje para arrojarlos a los perros hambrientos, hecho que se volverá una pesadilla constante para el narrador) así como de los abusos de Úrsúa, quien se vuelve en determinados momentos un asesino despiadado. De hecho, hay instancias en las que las constantes repeticiones del narrador sobre lo terrible que todo le parece, como una suerte de discurso políticamente correcto que remarca que aquello que pasó estuvo mal se vuelven molestas. Se evidencia en especial en *El país de la canela*, segunda novela, como si Ospina quisiera dejar en claro su postura y librarse de las críticas que lo habían perseguido después de la publicación de *Úrsua* por haber estetizado el horror y haber convertido en “héroe” a un conquistador.

Ambas críticas son francamente injustas, dado que el narrador deja en claro que aunque su visión de Pedro está unida al efecto, hay ciertas cuestiones que, sabe, se vuelven imperdonables. Las citas podrían ser varias (debido a esa tendencia a la repetición ya mencionada), pero a modo de ejemplo podemos nombrar una muy representativa. Luego de haber firmado la paz con los muzos, tribu belicosa y rebelde, Ursúa planea un asesinato a traición, en la que invita durante el festejo por el tratado de paz a entrar en una tienda a los más altos jefes de la tribu y los masacra. Nos dice entonces el narrador:

Si fueron [estos actos] fruto de la desesperación (...) no por ello dejan de ser más crueles de lo que mi amistad puede perdonar, pero al menos todavía son actos de guerra. Más tarde cometió crímenes más atroces contra hombres confiados y desarmados (...) en los cuales me cuesta reconocer al alegre hombre que fue mi amigo, y que revelan el costado más triste, no solo de su alma, sino de esta rutina de atrocidades que nos va haciendo a todos insensibles, que imperceptiblemente va endureciendo los corazones. (Ospina, 2006: 358)

Probablemente lo que le ganó las críticas fue precisamente liberar de culpa a Ursúa (como representante de los colonizadores) con tanta facilidad frente al hecho de que toda la situación termina endureciéndolo y volviéndolo feroz. También es cierto que, así como lo afirma en *Las auroras de sangre*:

Sus atrocidades [la de los conquistadores] están a la vista, pero no se les hace justicia a los aventureros españoles si se los ve como meros monstruos de abominación, como no les han hecho justicia a los pueblos americanos los justificadores de oficio de la Conquista, al desconocer con torpeza las civilizaciones nativas, al negar la vasta desventura del genocidio y al no esforzarse por entender a unos pueblos cuyo cielo ya irrecuperable se desplomó en pedazos. (Ospina, 2007: 69)

En este sentido, la intención de Ospina es precisamente buscar un cierto equilibrio, no por negar los horrores de la Conquista (que son remarcados constantemente) sino porque América como la entendemos, se funda también en la sangre de los conquistadores:

Yo diría que la Conquista de América, tan llena de horror, no puede ser vista como un crimen. Abundaron los crímenes en ella, hechos que repugnarán siempre a la condición humana, pero históricamente tiene que mirarse como una tragedia, en el sentido, si se quiere, hegeliano del término, es decir, como el choque de dos mundos y dos visiones que se validan cada una a sí misma, pero que no logran encontrar una síntesis. (Ospina, 2007: 69)

Ahora bien, para la teoría decolonial, los órdenes históricos establecidos deben cuestionarse, mostrando que la Conquista es la contracara necesaria de la Modernidad, es decir, que no se debe solo a las atrocidades puntuales de seres despiadados, sino que se apoya en todo un sistema de dominación necesario. La “tragedia”, si se quiere, no es tanto la imposibilidad de arribar a una síntesis, sino la imposición de una visión por sobre la otra, transformando a América, meramente en lo que se necesita que sea. Para la opción decolonial, lo fundamental es instaurar nuevas lógicas, nuevas maneras de pensar, que incluyan lo que antes fue acallado, pero no como repetición, no una vuelta a un pasado imposible, sino ver qué otras verdades se esconden detrás de la verdad imperial.

Como ya se ha afirmado, desde la decolonidad se le da una importancia fundamental a las comunidades, a lo que queda de aquellas antiguas civilizaciones que fueron invadidas y de las poblaciones africanas esclavizadas. El problema radica cuando no se pertenece a esas comunidades. Ospina adopta el punto de vista de un colonizador (el narrador también formó parte de las

luchas de conquista) y no el de las poblaciones dominadas. Más allá de que se podría decir que es una manera de seguir reproduciendo el mismo esquema, de contar la historia desde el punto de vista del dominador, sería interesante pensar si no podemos considerarla también una opción válida de narración para develar otra cara de la historia y subvertir órdenes establecidos. En este sentido, no es casual que el autor elija un narrador mestizo (español e india), y que su mestizaje sea un tema conflictivo.¹

De esta forma, Ospina pone en relación dos hechos que, por evidentes, no dejan de ser interesantes, por un lado, el conflicto identitario de ser parte de los dominadores y al mismo tiempo de los dominados, y cómo elegir un “bando” no permite obviar ese conflicto. Por otro, que “deploramos la conquista en la lengua de los conquistadores”, como él mismo afirmó al recibir el Premio de Novela Rómulo Gallegos. Si la decolonialidad plantearía la necesidad de darle voz a las lenguas silenciadas pero aún vivas y en plena vigencia, Ospina rescata la reapropiación de la lengua:

Ya es tarde para decirle a Cristóbal Colón que no desembarque, pero, aunque nuestra composición europea es irrenunciable, estamos a tiempo para revisar los honores excesivos rendidos al legado de los europeos y la ocultación que hemos hecho de los indígenas y de los aportes africanos.²

Precisamente lo que puede criticársele es que no subsana en sus textos esa “ocultación de los indígenas y de los aportes africanos”. Aunque se deplora constantemente la dominación y el exterminio, en ningún momento se les da verdadera voz a los personajes indígenas, y sus relatos solo son referidos en relación con la búsqueda de riquezas de Ursúa. Se los sigue colocando en el mismo lugar prototípico: vencidos y dóciles, belicosos y rebeldes (que son siempre masacrados), de una belleza exótica y embrujadora (las mujeres).

Llegados a este punto sería válido cuestionar el cruce propuesto. Es decir, ¿por qué tratar de analizar las novelas de Ospina con un traje teórico, por usar una metáfora, que le va tan incómodo? O, dicho de otro modo, ¿por qué pedirle a estos libros lo que evidentemente no se proponen? Por un lado, porque Ospina sí pareciera proponerse, como evidencia su discurso, no solo hacer una denuncia de la Conquista (que sería un gesto meramente infantil a esta altura de la historia), sino también revalorizar lo “olvidado”, y sin embargo, no logra darle un lugar prominente a *los* olvidados de esa historia.

En ese sentido las novelas fracasan en proponer una nueva mirada de la lógica imperial y colonialista, no porque lo que tal vez demandarían los teóricos: que esa historia fuera contada en quichua o aymara y el protagonista fuera un indígena. El problema no está realmente en la elección del narrador ni de la opción del idioma: así como Ospina no puede sino narrar en castellano, tampoco podría elegir un narrador distinto al que elige, no si quiere evitar caer en una voz impostada. El problema reside en la incapacidad de romper con los lugares establecidos para esas otras poblaciones dominadas de las que durante tanto tiempo la historia pareció olvidarse.

Se vuelve necesario aclarar, entonces, que el eje teórico elegido no es una elección caprichosa, ni es un intento de buscar en estos libros lo que no pueden dar. Hay todo otro costado en el que ambas novelas parecen ser un tratado ficcional de los postulados de la decolonialidad, como se verá en el siguiente apartado.

1 Cabe aclarar que ese conflicto, esa incapacidad de aceptar que el aya india que lo crió es realmente su madre, y por lo tanto no se es un español puro, está en la segunda novela, mientras que en la primera el narrador tiene completamente asumido su rol de mestizo.

2 El discurso fue reseñado en varios medios internacionales, puede verse las citas mencionadas en varios de ellos. A modo de referencia, podemos citar a <http://laventana.casa.cult.cu/modules.php?name=News&file=print&sid=5012>

América, una construcción

Según afirma Mignolo en *La idea de América Latina, La herida colonial y la opción decolonial*:

“América” nunca fue un continente que hubiese que descubrir sino una *invención* forjada durante el proceso de la historia colonial europea y la consolidación y expansión de las ideas e instituciones occidentales. (Mignolo, 2006: 28)

A su vez, Mignolo, en concordancia con Edmundo O’Gorman, plantea que esa invención implicó apropiarse del nuevo continente e integrarlo en el imaginario eurocristiano. Ambas novelas de Ospina son una clara representación de esa idea, no solo por la necesidad de sobreimprimirle a América las expectativas de Europa, sino también por las dos búsquedas que son eje de ambas historias: El Dorado y el “país de la canela”. En el primer caso, son los relatos míticos, las leyendas de riquezas innumbrables los que van arrastrando a Ursúa en una persecución imposible. En el segundo, se trata más de una incompreensión: los informantes confunden la canela con otro tipo de árbol propio, y los españoles no se toman el tiempo de tratar de verificar la información; esperan que sea canela, porque ya tienen la idea previa de que *debe* ser canela. Lo que se evidencia, entonces, es que esos equívocos no solo muestran la incompreensión con la que América entra en el mundo Occidental, incompreensión que necesariamente la marca desde su orígenes a la actualidad, sino que esa carencia de entendimiento y conocimiento son los que llevan a la propia destrucción. La obsesión de Ursúa por El Dorado solo puede desaparecer cuando surge una nueva que, según nos anticipa el narrador, será su última aventura; en el caso de *El país de la canela* son muy pocos lo que sobreviven a la expedición, que es descrita como “infernial”.

Asimismo, la idea de que los europeos van a América no a descubrir, sino a buscar lo ya “conocido” o fantaseado se ve más claramente cuando el narrador se presenta en Roma y, frente a una asamblea de cardenales, trata de dar cuenta de sus experiencias en el Nuevo Continente. Sin embargo, los clérigos solo buscan ver convalidadas ideas previas. Así es como insisten sobre las Amazonas y comienzan a discutir entre ellos, si eran bellas o horribles, a qué raza pertenecían, si hacían magia... La discusión lleva a decir al narrador que nunca vio gente “...más indiferente a los hechos cuando éstos no coincidían con sus ideas”. (Ospina, 2008: 314) y más adelante: “Ya lo sabían todo de antemano, y lo que ignoraban lo iban inventando al calor de la polémica, sin hacerles ninguna concesión a los hechos.” (Ospina, 2008: 316).

Al mismo tiempo, cuando están perdidos en el río, aterrados, sin saber si van o sobrevivir o perecer, Orellana entabla una larga conversación con un indio y traduce en simultáneo lo que el indígena cuenta, cosa que le resulta sospechosa al narrador. Son historias de gigantes, pigmeos, delfines rosados que se convierten en hombres, viejos de la selva que se sientan a esperar que el tiempo los convierta en árboles... (Ospina, 2008: 262-263). El narrador reconoce en esas “locuras”, como las llama, relatos recogidos por Oviedo, las historias que los Caribes les contaban a los españoles para asustarlos. Sin embargo, en el barco tienen el efecto contrario: los tranquiliza. Y aunque parezca extraño, no lo es. Orellana le da a sus hombres historias que pueden resultar terribles, pero que les son conocidas, que entran dentro de lo esperable, lo que la imaginación europea ponía en América. Lo dirá el narrador más adelante: “...procurábamos avanzar buscando solamente lo conocido” (Ospina, 2008: 270).

Conclusiones

Como hemos visto, lo interesante de cruzar *Ursúa* y *El país de la canela*, con la teoría decolonial es que si bien Ospina fracasa en su intento de mostrar realmente “otra cara de la Conquista”, marca también una posibilidad de encontrar formas de volver sobre la historia y desarticular

ciertos ejes establecidos. No será la opción tan radical que desde la decolonialidad se postula, pero incluso sin hacerlo de esa manera, permite repensar ciertas categorías y conceptos, y dar representación artística a postulados de la opción decolonial.

Bibliografía

Albán Achinte, Adolfo. 2009. "Artistas indígenas y afrocolombianos: entre las memorias y las cosmovisiones. Estéticas de re-existencia", en Palermo, Zulma (comp.). *El arte y estética en la encrucijada decolonial*, Buenos Aires, Ediciones del Signo.

Mignolo, Walter. 2006. *La idea de América Latina, La herida colonial y la opción decolonial*. Barcelona, Gedisa.

-----, 2009. "Prefacio", en Palermo, Zulma (comp.). *El arte y estética en la encrucijada decolonial*. Buenos Aires, Ediciones del Signo.

Ospina, William. 2006. *Ursúa*. Buenos Aires, Alfaguara.

-----, 2007. *Las auroras de sangre*. Bogotá, Norma.

-----, 2008. *El país de la canela*. Bogotá, Norma.

CV

AZUCENA GALETTINI ES LICENCIADA EN LETRAS, GRADUADA DE LA UBA Y CURSA ACTUALMENTE LA MAESTRÍA EN LITERATURAS EXTRANJERAS Y COMPARADAS. FORMA PARTE DEL GRUPO UBACyT DIRIGIDO POR LA DRA. ISABEL QUINTANA, "FICCIONES DE LO (POS)HUMANO: LA LITERATURA Y LA MÁQUINA ANTROPOLÓGICA (ESCRITURA, BIOPOLÍTICA Y FIGURACIONES DEL YO)", RADICADO EN EL INSTITUTO DE LITERATURA HISPANOAMERICANA, Y DEL GRUPO DE INVESTIGACIÓN "IMPLICANCIAS PEDAGÓGICAS DE UNA CONCIENCIA INTERCULTURAL A TRAVÉS DE LAS NUEVAS LITERATURAS EN INGLÉS", DIRIGIDO POR LAS MAGÍSTER FLORENCIA PERDUCA Y GRISELDA BEACON, RADICADO EN EL INSTITUTO EN EDUCACIÓN SUPERIOR EN LENGUAS VIVAS JUAN R. FERNÁNDEZ.